

Una discusión sobre el problema de la hostilidad horizontal – Denise Thompson [Traducción]



Harvard University, Schlesinger Library on the History of Women in America, PC320769

Traducción no oficial: Anna Prats

[Agregado en noviembre de 2003: este documento no fue ofrecido para publicación ni se presentó oralmente. Fue escrito en respuesta a la solicitud de una amiga de mis propias ideas sobre la hostilidad horizontal, en un momento en el que sentía que ella misma estaba luchando con el tipo de cosas que se discuten aquí. Sé cuando terminé de escribirlo, marzo de 1993, porque lo feché.]

El término, «hostilidad horizontal», fue acuñado por Florynce Kennedy, en su artículo de 1970, *Opresión institucionalizada contra la mujer*, impreso en la antología editada por Robin Morgan, *Sisterhood is Powerful*. (Penélope, 1992: 60) Es un

término que se remonta al comienzo de la Liberación de la Mujer (tanto en los Estados Unidos como en otros lugares donde se leyó el documento). Y si el nombre es tan antiguo como la Liberación de la Mujer, el problema es al menos igual de antiguo, si no más.

La hostilidad horizontal es una forma de poder-como-dominación entre las mujeres. Por lo tanto, el contexto más apropiado para discutirlo es en términos de relaciones de poder entre mujeres. El proyecto feminista de identificar y desafiar la dominación masculina no significa que solo los hombres opriman a las mujeres y que las mujeres estén automáticamente exentas de los valores, actitudes y comportamientos de los supremacistas masculinos y nunca se comporten mal con otras mujeres. Es importante tener en cuenta al enemigo principal, es decir, la dominación masculina. Pero debido a que la opresión está institucionalizada y debido a que constituye el status quo y el mundo dado por sentado, es demasiado fácil caer inconscientemente en formas de comportamiento que refuercen los patrones de dominación.

Sin embargo, debido a que las mujeres están subordinadas y los hombres dominan en condiciones de supremacía masculina, los patrones de dominación típicos de las mujeres son sistemáticamente diferentes de los de los hombres, es decir, son menos directos, más sucios, menos abiertos y activos. El comportamiento femenino que reproduce los significados y valores de la supremacía masculina también tenderá a evidenciar la posición subordinada desde la que actúan las mujeres, aunque las acciones en sí involucren auto-engrandecimiento a expensas de otra persona. Por lo tanto, la hostilidad horizontal entre mujeres típicamente involucra formas de poder que surgen de una posición de debilidad, no de fuerza.

La hostilidad horizontal puede involucrar acoso hacia la sumisión a alguien que no es más privilegiado en la jerarquía de las relaciones sociales de supremacía masculina que el acosador. Puede implicar intentos de destruir la buena reputación de alguien que no tiene más acceso a los niveles superiores de poder que la que está propagando el escándalo. Puede implicar hacer responsable a alguien de la propia opresión, aunque ella también esté oprimida. Puede implicar envidiosas demandas de que otra mujer deje de usar sus propias habilidades, porque el éxito de alguien que no está mejor situada que ella misma la hace sentir inadecuada y sin valor [1]. O puede implicar intentos de silenciar la crítica al atacar a la persona que percibe que está haciendo la crítica. En términos generales, implica percepciones erróneas de la fuente de dominación, ubicándola con mujeres que no se comportan de manera opresiva (en la medida en que no lo son, por supuesto). Y está inspirada por el odio, esa fuerza motriz principal que mantiene en funcionamiento el motor de la supremacía masculina.

Florynce Kennedy se dirigió directamente al meollo del asunto cuando puso su discusión sobre la hostilidad horizontal en el contexto del consentimiento a la propia opresión [2]. No estaba argumentando que este «consentimiento» fuera la causa de

la opresión. Aunque dijo que «no puede haber un sistema de opresión realmente generalizado, como el de Estados Unidos, sin el consentimiento de los oprimidos» (p.492), no quería decir que si dejamos de dar el consentimiento, desaparecería. Las mujeres no consienten en ser violadas, por ejemplo, y eso no ha disminuido notablemente que suceda. Ella era consciente de que las mujeres no éramos responsables de nuestra propia subordinación. Sin embargo, quiso señalar que la opresión no es solo coaccionada o violentamente impuesta, sino que un orden social opresivo requería un cierto grado de complicidad para su continua existencia.

La complicidad que se nos exige en condiciones de supremacía masculina es la complicidad en la ideología de la debilidad femenina. Las mujeres deben ser «débiles» para que los hombres puedan ser «fuertes». La fuerza masculina se adquiere a expensas de las mujeres. Este requisito ideológico de la debilidad femenina no pasa desapercibido, incluso bajo las condiciones cotidianas de la realidad falocrática. Las mujeres se resisten constantemente a la subordinación a los hombres para forjar algo de libertad de acción e influencia propia. Las formas convencionales de resistir, sin embargo, refuerzan en lugar de desafiar el status quo. Derrotar al opresor en su propio juego, por ejemplo, deja intactas las reglas del juego, incluso cuando una mujer ocupa la primera posición en la jerarquía. Las artimañas y las tentaciones femeninas inflan el ego masculino al mismo tiempo que obtienen algún beneficio a corto plazo para la mujer. Las lágrimas y las rabietas, o la frialdad y la abstinencia, pueden hacer que desaparezca temporalmente, pero por lo general tiene que ir a otro lugar ya que el mundo está construido a su imagen y semejanza. Incluso cuando una mujer individual logra derrotar a un hombre u hombres individuales, el resultado no es una relación de igualdad. El papel de la mujer «dominante» se permite dentro de la forma de vida falocrática, ya sea como una forma de intimidar a las mujeres a la subordinación (la «perra», la «gruñona», la «tocacojones» –o como una forma de erotizar la culpa masculina, por ejemplo, la «dominatrix» en el encuentro sexual sadomasoquista. Paradójicamente, la ideología de la debilidad femenina requiere mucha violencia para mantenerse. La hostilidad horizontal es el uso entre las mujeres de estas técnicas desarrolladas en el contexto de la resistencia al poder masculino. Está destinada a someter a quien se percibe como enormemente poderosa, al mismo tiempo que refuerza la idea de que las mujeres son incapaces de serlo.

Kennedy se refería a «las mujeres que son utilizadas como agentes para los opresores» (p. 493), pero su discusión sobre la hostilidad horizontal, que también llamó «*trashing*», fue tentadoramente breve. No dio ningún ejemplo de su ocurrencia entre las feministas. Tenía más que decir en cuanto al control del yo, que sobre las formas en que intentamos controlarnos unas a otras. Las «mujeres», dijo, «en su condición de consentimiento de lavado de cerebro [sic] a menudo representan su papel de madre revoloteando sin ninguna presión notable de nadie. Nota «notable»» (p.494). Sin embargo, se refería al papel desempeñado por la «hostilidad horizontal» en la «ruina [...] de algunos grupos políticos radicales, y lamentablemente debe

decirse, algunos grupos de liberación de mujeres» (p.495). Continuó diciendo que era parte de «las técnicas de dividir y conquistar del establishment»:

Las personas oprimidas frecuentemente son muy opresivas cuando son liberadas por primera vez. ¿Y por qué no lo serían? Conocen muy bien ambas posiciones. El pie de alguien en su cuello o su pie en el cuello de alguien [...] incluso mientras se aclimatan en la atmósfera fría y húmeda de su nueva liberación [...] las mujeres [...] a menudo se enfrentan entre sí antes de aprender a compartir y disfrutar de su libertad recién descubierta (pp.495-6).

Sus soluciones sugeridas también fueron breves y no elaboradas. Dijo:

Para evitar estos efectos destructivos de la hostilidad horizontal, las mujeres necesitan cierta conciencia política y/o social mínima de la patología de la opresión cuando se enfrentan a expertas/os en dividir y conquistar (p.495).

También sugirió que nos abstengamos de enfurecernos contra individualidades y, en cambio, dirijamos nuestra ira contra objetivos más apropiados, es decir, sistemas e instituciones en lugar de personas. «Patear traseros», dijo, «debería hacerse solo donde un asno protege el sistema» (p.499). Este comentario muestra que ella sabía que su solución sugerida no era perfecta, ya que las instituciones funcionan a través de las acciones, las actitudes y el compromiso de los individuos. No obstante, su recomendación puede servirnos como una advertencia para que tengamos en cuenta al enemigo principal. Y a pesar de la brevedad de su explicación, está claro que ella consideraba la hostilidad horizontal como una forma de «sobre-poder» promulgado por mujeres contra mujeres, y que invariablemente servía a los intereses del opresor e iba contra de los intereses de las mujeres. En ese sentido, sería una recreación de patrones de comportamiento dominante adquiridos como resultado de la participación en la realidad falocrática.

Julia Penelope está en acuerdo sustancial con Florynce Kennedy. Ella también lo ve como una forma de consentimiento a la opresión. Ella se refiere a esto como «opresión internalizada», y la describe así:

La hostilidad horizontal es el mejor método del heteropatriarcado para mantenernos «en nuestro sitio»; hacemos el trabajo de los hombres y sus instituciones para ellos [...] [Nos] permite dirigir nuestra ira, que surge de nuestro estatus marginal y subordinado en el heteropatriarcado y debe dirigirse hacia nuestros opresores, hacia otras lesbianas y mujeres [*wimmin*], porque sabemos que es más seguro [...] Funciona para asegurar nuestra victimización continua dentro de nuestros propios grupos, y nos mantiene en silencio cuando más queremos hablar; nos

mantiene pasivas cuando más queremos desafiar, porque no queremos ser el objetivo de la ira de otra lesbiana (Penélope, 1992: 60).

Insultos

Una de las formas de hostilidad horizontal discutida por Penelope son los insultos. Ella dice que los insultos son «un débil sustituto para el análisis reflexivo» (p.65). Ella señala que insultar es fácil. Es fácil de hacer, fácil de creer y fácil de recordar, porque, como ella dice, «no requiere absolutamente ningún pensamiento, ningún análisis y ninguna justificación» (p.69). Etiquetar a otros con nombres como «nazi», «fascista», «racista», «*edadista*», «clasista», «policía sexual», «puritana», «moralista», etc., también es peligroso si tiene éxito en lograr lo que está destinado a hacer, es decir, intimidar a quienes están calladas y detener cualquier desafío o debate. Aquellas que creen que esos nombres dicen algo exacto sobre las que están etiquetadas, sin pensar en lo que significan los nombres, o sin pedir justificación o evidencia, también participan en la hostilidad horizontal, incluso si no son los que la han llamado así originalmente. Los insultos intentan destruir la buena reputación de las etiquetadas, controlar sus pensamientos y acciones y aterrorizarlas para que guarden silencio. Trivializa los horrores muy reales del fascismo, el racismo, la opresión de clase y la supremacía masculina, y menosprecia las agonías de quienes más han sufrido en tales regímenes. Confunde importantes distinciones entre, por un lado, aquellas que, como los supremacistas blancos, los neonazis, los ideólogos supremacistas masculinos, los violadores, etc., defienden, glorifican y practican la violencia y el comportamiento deshumanizante hacia aquellos a quienes definen como «inferiores» y aquellas de nosotras que, por otro lado, podríamos mantener actitudes racistas, etc., a pesar de nuestras mejores intenciones. Y establece distinciones desleales entre nosotras al enfatizar aquellas opresiones que nos dividen, a costa de y con la exclusión de la opresión que tenemos en común como mujeres y lesbianas.

Los sentimientos no son suficientes

Otro tipo de hostilidad horizontal que Penelope describe es el uso de «predicados psicológicos» (psico-predicados). Estas son formas de uso del lenguaje que describen cómo nos sentimos y cómo reaccionamos ante los demás, de manera que se atribuye la fuente de esos sentimientos a otra persona. Para decirle a alguna mujer que es «intimidante», por ejemplo, Penélope dice que «se *requiere* que la experimentadora del sentimiento específico nombrado por el verbo se describa a sí misma como un objeto en el que actúa la actitud o el comportamiento de la otra» (p.73, su énfasis). El uso de predicados psicológicos le permite a la hablante evitar la responsabilidad por sus sentimientos y colocar esa responsabilidad en otro lugar. También le permite a la hablante atribuir intenciones a la supuesta «intimidadora» que ella puede no tener, acusarla de un deseo de dominar lo que ella puede no querer y afirmar que su visión (la de la hablante) es la única interpretación posible.

Hablar de este proceso en términos de uso del lenguaje, dice Penelope, no es negar la realidad de nuestros sentimientos. Es, más bien, advertirnos que es demasiado fácil culpar a los demás y acusarlos falsamente: el lenguaje está creado para ello.

Penelope comenta que el uso de tal lenguaje «mantiene la ficción heteropatriarcal de que somos dependientes emocionales» (ibíd.). Yo además añadiría que también refuerza la creencia de que somos débiles e indefensas y a la merced completamente del poder de otras/os. Debido a que esta indefensión debe ser rechazada, tendemos a atacar con la intención de aniquilar a aquellas que percibimos como la fuente de ese sentimiento. Es este sentido de indefensión que es la fuente real de hostilidad horizontal.

Esto se sugiere por algo que Vera Ray dijo en su artículo, *An Investigation of Violence in Lesbian Dyadic Relationships* (Ray, 1991). Decía que, aunque hay muchas similitudes entre el abuso de mujeres por parte de hombres en las relaciones heterosexuales y la violencia en las relaciones de lesbianas, hay una diferencia crucial. Mientras que el hombre usa la violencia para mantener y reforzar su dominio en la relación, la agresora lesbiana usa la violencia para «igualar» lo que ella percibe como un desequilibrio de poder. Se percibe a sí misma como «débil» y a su pareja como «fuerte», y arremete para demoler esa «fuerza» que ella (erróneamente) siente que es la fuente de su propia «debilidad». Esto no justifica la violencia, como señala Vera. Nadie «merece» ser golpeada. Pero indica que la violencia entre mujeres se origina en la debilidad, no en la fuerza. Como lo expresa Vera, en este caso las mujeres «están corrompidas por un sentimiento de impotencia» (p.46) [3].

El mismo punto lo señaló Joanna Russ en su artículo, *Power and Helplessness in the Women's Movement* (Russ, 1985) En este artículo, Russ criticó lo que llamó «el gran imperativo femenino», la expectativa de que «las mujeres deben hacer sentir bien a otras personas, para satisfacer las necesidades de otros sin tener satisfechas las nuestras propias» (p. 43). Ella describe cómo este imperativo se impone a las mujeres por parte de otras mujeres a través del síndrome «Mamá mágica/hermana temblorosa». Una «Hermana Temblorosa» (HT), dice, es una mujer que ha abrazado su propia indefensión e inefectividad para evitar que la culpable se sienta satisfecha con sus propias necesidades, ejercite sus propias habilidades y logre sus propios éxitos. Una HT eleva el estatus de 'Mamá Mágica' (MM) a cualquier mujer que haya logrado algo que ella misma no haya logrado. Ella culpa a MM por los malos sentimientos que tiene sobre su propia falta de logros y procede a exigir que MM se ocupe de sus sentimientos (los de los HT) y cuide de ella. Como esto es imposible, HT se enfurece y le hace «*trashing*» a MM. La MM, que hasta este punto puede haber sido ajena a su estado «mágico», cae en la trampa si acepta el punto de vista de HT. Ella se convierte en una MM al reaccionar con culpa, al tratar de calmar los sentimientos heridos, a pedir disculpas o menospreciar sus propios logros, al intentar arreglar todo y hacer que todas se sientan bien. Dada la

imposibilidad de esto, su respuesta real es el miedo y la parálisis frente a los continuos gritos de rabia de HT.

Russ sugiere que la salida al vicioso círculo de la culpabilidad, auto-recriminación y parálisis es que las mujeres reivindicamos nuestros propios logros y valía. La HT necesita darse cuenta de que, a pesar de que sus sentimientos de indefensión pueden ser el resultado de relaciones de poder fuera de su control, también pueden no serlo. Necesita aprender que conserva su propia agencia moral incluso bajo condiciones de opresión (usando el concepto desarrollado por Sara Hoagland –Hoagland, 1988), que aún hay algunas cosas que puede hacer, que aún tiene algo de responsabilidad, a pesar de que su libertad de actuación está restringida por condiciones objetivas. Necesita aprender que atribuir enormes cantidades de poder a otras mujeres es un espejismo, igual que lo es su sensación de que ella misma está completamente indefensa. Y necesita aprender que el oprimido puede ser también opresivo. Las oprimidas no solo pueden participar, aunque mínimamente, de los estados y privilegios de las/os dominadoras/es a expensas de otras oprimidas, sino que también tienen formas de manipular a los/as dominadores/as. La HT debe protegerse contra el uso de estas técnicas contra otras mujeres, las técnicas de fingida impotencia, las rabietas, las exigencias de que otra persona resuelva sus problemas por ella y considerar sus sentimientos heridos con la exclusión de sus propios proyectos.

La MM, por otro lado, necesita aprender que no está infinitamente disponible, ni es infinitamente solidaria o eternamente paciente, en resumen, que no es la «madre» de nadie (en el sentido de supremacía masculina de autosacrificio absoluto). También necesita aprender que, como lo expresa Russ, «los sentimientos de culpa no son obligaciones políticas objetivas» (p.47). El hecho de que ella se sienta culpable no significa automáticamente que ella sea la culpable de todo, o incluso de nada, y por lo tanto debe repararlo poniendo todo en orden. La culpa es tan endémica en la población femenina, y funciona tan bien para mantener a las mujeres al servicio de los hombres, que puede que simplemente haya cambiado a su propia parte del patrón generalizado. En este caso, ya que no hay nada que expiar, es posible que simplemente tenga que aguantar los sentimientos de culpa hasta que desaparezcan.

Cómo reconocer la hostilidad horizontal

Es importante distinguir entre hostilidad horizontal y la crítica genuina, porque la crítica es frecuentemente confundida con la hostilidad. Mientras que la hostilidad infundada es destructiva y paralizante, la crítica es necesaria si el feminismo quiere continuar creciendo y desarrollándose y manteniéndose relevante, y no convertirse en un dogma que se repita como un loro. Mientras que el feminismo necesita la crítica, no necesita el terrorismo sinsentido de la hostilidad horizontal. Aunque las dos pueden ser hirientes y humillantes, la hostilidad horizontal es irreflexivamente

cruel, no tiene otra motivación que hacer daño. Es una arremetida ciega y un chivo expiatorio de aquellas que son accesibles porque no son tan diferentes en poder y privilegio.

La crítica, por otro lado, no tiene intención de herir, sino de clarificar el aire y descubrir la verdad del asunto. Es considerada y reflexionada. Involucra un intento genuino de averiguar qué está sucediendo, y muestra consideración por la otra no siendo deliberadamente e irreflexivamente cruel. En la medida de lo posible, se caracteriza por un argumento considerado, bien pensado y fundamentado. Aunque esto no siempre es posible, especialmente en la tensión del momento, la crítica siempre es sincera en las cuestiones que arroja. No es una competición sobre quién está en lo cierto y quién se equivoca, sobre quién gana y quién pierde. Más bien, la crítica se preocupa por descubrir la verdad y se opone a las mentiras, los secretos, los silencios, los engaños y los rumores sin fundamento. No es necesario tener todo perfectamente resuelto antes de expresar dudas [4]. Pero es de vital importancia conocer y evaluar las propias reacciones viscerales. Es importante preguntarse a una misma cuestiones como: ¿Me estoy sintiendo amenazada por lo que se está diciendo? Si es así, ¿por qué? ¿Está justificado que me sienta incómoda? ¿Cuál es el origen de la incomodidad? ¿Hay suficientes evidencias? etc. A veces las preguntas no tienen respuestas inmediatas. Pero reservarse el juicio también es una forma de crítica y una forma de negarse a participar en la hostilidad horizontal.

Si bien la crítica se caracteriza por una búsqueda cuidadosa del significado de lo que se dice, la hostilidad horizontal no tiene sentido, porque la información contenida en un apodo es muy escasa. ¿Qué sentido tiene, por ejemplo, llamar a otra feminista «racista» o «clasista» o «fascista», sin justificarlo y dar razones? ¿La palabra «fascista» tiene algún significado que se aplique a otra mujer, dada la historia del fascismo y los males perpetrados bajo su influencia? La acusadora debe tener claro en su propia mente en cuanto al significado de los términos que le aplica a otra mujer, y la forma o formas particulares en que la acusada ha ofendido. Es mejor permanecer en silencio que obtener una victoria fácil sobre otra mujer que probablemente ya tenga una gran cantidad de culpa generalizada para que la acusación se dispare.

Podría suponerse que estas recomendaciones son relevantes solo para aquellas con capacitación en pensamiento, discusión y razonamiento, es decir, aquellas con educación terciaria. Pero todas podemos pensar. No es una habilidad confinada a las instituciones de «alto aprendizaje». Todas podemos conocer nuestras propias mentes. Todas podemos separar la verdad de la falsedad, lo hostil de lo amistoso, lo que meramente se confunde o se ignora de lo que está deliberadamente equivocado. Un buen argumento no es necesariamente un argumento largo y sofisticado. Todas podemos dar razones para lo que hacemos, incluso si no somos inicialmente conscientes de estas razones y lleva algo de tiempo encontrarlas. Y todas somos capaces de darnos cuenta que cometemos errores, reconociéndolos y

aprendiendo de ellos. Todas somos capaces de decidir si hay o no hay suficientes evidencias, y de reservarse el juicio hasta que podamos dar uno fidedigno. Todas somos capaces de fundamentar lo que decimos y de ajustar nuestras afirmaciones a la evidencia. También somos capaces de respetar las reputaciones de las demás. Y todas somos capaces de examinar nuestras propias motivaciones. Lejos de ser el caso de que estas habilidades estén confinadas a una pequeña elite, es de vital importancia que todas las feministas las desarrollen. El no hacerlo nos mantiene atrapadas en los juegos de poder de la ideología supremacista masculina.

Cómo evitar la hostilidad horizontal

Por «evitar la hostilidad horizontal» no me refiero a encontrar formas de evitar ser sujetas de ella, o proteger a otras de ser sujetas de ella. En la medida en que si no se origina por mí, no hay nada que pueda hacer para evitar que suceda. Si no es mi comportamiento, la decisión de participar o no no es mía. Hay, por supuesto, una serie de maneras en que puedo reaccionar una vez que ha sucedido, y esas formas pueden ser más o menos apropiadas, más o menos debilitantes, más o menos empoderantes. Puedo reaccionar con vergüenza y culpa, y permitir que eso me silencie; o puedo aceptar las cosas negativas que se dicen de otra, sin pensar y sin pedir pruebas para verificarlo. O podemos participar en una batalla verbal que puede o no terminar en una enemistad a largo plazo y una negativa a volver a hablar entre sí. Alternativamente, la batalla podría despejar el aire y terminar con una convenciendo a la otra, o con un acuerdo para no estar de acuerdo. O puedo ser buena, desapegada, respetuosa y razonable, requerir que la otra le dé razones para lo que dice y evaluar esas razones lo mejor que pueda. En ausencia de lo que siento que son razones adecuadas, puedo suspender el juicio hasta que haya evidencias suficientes. Pero si la razón no logra convencer, tampoco funcionará nada más.

Pero si no puedo hacer que las demás dejen de ser hostiles, puedo rechazar participar en la hostilidad horizontal. Puedo ir con cuidado de no deslizarme inconscientemente en patrones automáticos de dominación. Puedo preguntarme a mí misma, como Julia Penelope dice, si realmente hablo en serio. Puedo preguntarme si lo que digo es cierto. Puedo preguntarme a mí misma cuáles son mis motivaciones: ¿estoy buscando solo herir, humillar y destrozar, o realmente estoy defendiendo lo que realmente creo, tratando de clarificar las cosas, intentando aclarar las cosas? ¿Respeto a la otra aunque esté en desacuerdo con ella, incluso aunque sé (o creo saber) que está equivocada?

Necesitamos ser capaces de decidir qué es la hostilidad horizontal y qué no. Tenemos que tener mucho cuidado al clasificar el comportamiento que puede identificarse justificadamente como opresivo, abusivo o dominante, del que no se puede. El proceso de clasificación requiere el conocimiento de una misma, la capacidad de resolver problemas y un cierto grado de desapego de sentimientos

como la ira, la humillación y la venganza. También requiere respeto a una misma y respeto a las demás. Y requiere el rechazo de la violencia, física o verbal, como una forma de corregir un desequilibrio de poder percibido. La tarea crucial en este contexto es desarrollar maneras de decidir cuándo está justificado percibir a otras mujeres que están comportándose de manera opresiva y cuándo no, y de separar los métodos apropiados de los inapropiados para tratar con ese comportamiento. Sobre todo, implica identificar la supremacía masculina como el enemigo principal y reconocer que los valores y significados de ese orden social son el status quo, a menos que estemos conscientemente comprometidas a rechazarlos.

[1]: Ver Russ, 1985, para una excelente descripción de esta última forma de hostilidad horizontal.

[2]: Conceptos como «falsa conciencia», «ideología», la noción de «hegemonía» de Antonio Gramsci y la preocupación de la Escuela de Frankfurt por «la personalidad autoritaria», fueron intentos dentro de un contexto marxista de tratar el mismo fenómeno, a saber, la tendencia de los grupos oprimidos, la clase obrera en el caso del marxismo, para abarcar significados, valores y «realidad» que reforzaron los intereses de la clase dominante mientras trabajaban en contra de los intereses liberadores de los oprimidos. En particular, a la Escuela de Frankfurt le preocupaba explicar cómo era posible que la clase obrera alemana abrazase el fascismo en lugar del socialismo en el período entre las dos guerras mundiales.

[3]: Se me ocurre que la violencia de hombres contra mujeres es también un signo de debilidad, por ejemplo, inutilidad, futilidad y auto-odio. La golpea para reducirla a un nivel más bajo que él. Él la golpea porque ella es un reproche constante para él, porque ella siempre lo está regañando, aunque ella nunca diga una palabra, porque ella falla al reflejarle su humanidad y, en cambio, lo mira con miedo y aversión. La debilidad a la que se hace referencia es el resultado de las relaciones sociales supremacistas masculinas y los valores como la impotencia de las mujeres. Sin embargo, no es una debilidad debida a la impotencia, sino a la bancarrota moral de aquellos que están profundamente arraigados en su papel de opresores, que están firmemente comprometidos con su derecho a un estado «humano» basado en el desprecio por los demás. Es la debilidad de un opresor que cree que puede forzar a otros a que le den el reconocimiento que quiere, mientras que constantemente falla porque el reconocimiento no se puede obtener de esa manera.

[4]: Estoy en deuda con mi amada, Marg Roberts, por este punto –Marzo, 1993.

Referencias

Hoagland, Sarah (1988) '*Lesbian Ethics: Toward New Value*' Palo Alto, CA: Institute of Lesbian Studies

Kennedy, Florynce (1970) '*Institutionalized Oppression vs. the Female*', in Morgan, R., ed. *Sisterhood Is Powerful* New York: Vintage Books/Random House

Penelope, Julia (1992) '*Do We Mean What We Say? Horizontal Hostility and the World We Would Create*', in Penelope, J., 1992 *Call Me Lesbian: Lesbian Lives, Lesbian Theory* Freedom, CA: The Crossing Press

Ray, Vera (1991) '*An Investigation of Violence in Lesbian Dyadic Relationships*' *Journal of Australian Lesbian Feminist Studies* vol.1, no.1, pp.40-48

Russ, Joanna (1985) '*Power and Helplessness in the Women's Movement*', in *Magic Mommas, Trembling Sisters, Puritans and Perverts* Trumansburg, NY: The Crossing Press